

# Memorias del Embarcadero

## Un gol de cabeza en el corazón de la UNPAZ



Fernando Fiorenzo (UNPAZ)

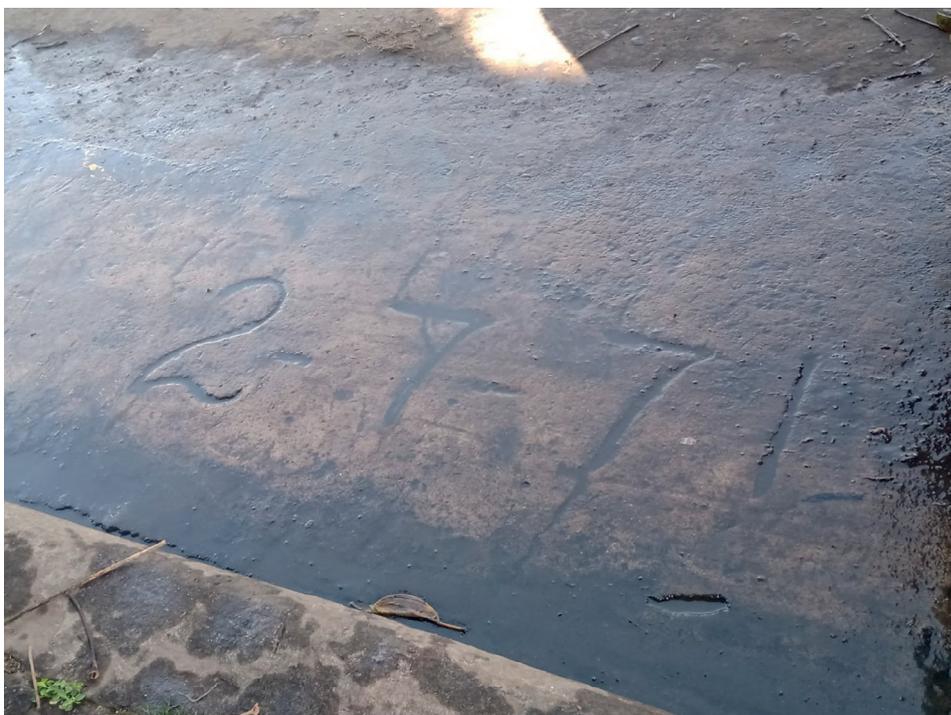
*El profesor Fernando Fiorenzo recupera una historia de adolescencia en los predios del ferrocarril donde hoy se asienta la Universidad Nacional de José C. Paz. De las inundaciones, el barro y los duelos de potrero a los exámenes de abogacía y comercio electrónico este pedacito de tierra es testimonio del pueblo que se volvió ciudad. Y de la pasión de un goleador del pasado, que sigue cruzando los dedos antes de salir a jugar.*

El 2 de julio de 1971 amaneció nublado. Durante varias horas la obra estuvo en duda, pero cerca del mediodía despejó y entonces el capataz dio el okay: la cuadrilla de la Municipalidad de General Sarmiento, apostada en la intersección de Junín y Pueyrredón, podía avanzar con el plan.

Pocas horas después, mi abuelo eternizaría aquella fecha hundiendo su dedo índice en el cemento recién vertido que, una vez fraguado, se convertiría en el asfalto de la calle Junín. Una obra financiada por los propios vecinos, una de las pocas calles pavimentadas de este lado del pueblo paceño, un avance superlativo para un barrio incipiente, una señal de progreso que aquellos vecinos festejaron exultantes, como se festeja hoy.

Aquel tramo del asfalto recién terminado se extendía por dos cuadras, desde la calle Solís hasta Pueyrredón. Llegando a la esquina de Junín, aún puede verse estampada en el cemento inalterable la fecha ilustre que con caligrafía prolija dibujó Don Fanico, tal como era conocido mi abuelo en estas cuadras y más allá, cuando José C. Paz era un pueblo.

A una cuadra de aquella esquina estaba el paso a nivel de Pueyrredón, el mismo que en los últimos días abandonó para siempre su estatus de “a nivel” para comenzar a transitar el proceso que lo convertirá en “bajo nivel”, cuando el túnel esté terminado.



El tramo de Pueyrredón que va desde Junín hasta su cruce con las vías es una depresión del suelo inundable, que hasta entrados los años noventa, todavía rebalsaba en cada lluvia. En los ochenta era la diversión de los pibes del barrio, que lo convertíamos en nuestro balneario tras cada aguacero de verano. Tal fenómeno meteorológico no generaba el mismo encanto en los vecinos de la cuadra, que desplegaban en vano un sinfín de artimañas para evitar que se inundaran sus casas.

“Los ingleses la tienen clara haciendo ferrocarriles”, decía mi viejo para explicarme por qué las vías pasaban tan elevadas respecto de la calle en aquel cruce. Visto desde la esquina de Junín y Pueyrredón, el terraplén se convertía en muralla. Tras la muralla, después de cruzar la vía, el camino bajaba bruscamente, y allí nacía el Embarcadero.

Pero antes del Embarcadero, un zanjón insoslayable al que mi memoria asocia la imagen de un Citroën 3CV destrozado, arrollado por el tren. Las fatalidades de *la barrera* acompañaron la historia del barrio, convirtiéndose en morbosa atracción para los vecinos. Una zona peligrosa del vecindario, el terror de las madres de adolescentes que jugaban en las canchas del Embarcadero, o que estudiaban en el Instituto José C. Paz, en el Italiano, en las escuelas del otro lado de la vía, que obligaban el paso por aquel punto crítico.

Después de atravesar el zanjón salías a campo traviesa: yuyos, insectos y mariposas que ya no se ven, y hasta algún cuis merodeaba aquel terreno amplio y sin árboles, delimitado apenas por un alambrado de tres hilos en algunos tramos sobre la calle Alem y sobre Pueyrredón. Un poco más allá, la nutrida

huerta de algún vecino ofrecía notables ejemplares de zapallos y calabazas. Cien metros más y llegabas a la cancha principal de fútbol.

El terreno del Embarcadero pertenecía al ferrocarril y antiguamente había sido el sector donde se embarcaba ganado. Las canchas de fútbol se erigieron en el espacio donde antaño se acomodaban los bienes semovientes, antes de ser subidos a los vagones. Pero ningún pacheño contemporáneo podría asociar el término “embarcadero” con aquella actividad agropecuaria. El Embarcadero era la cancha de fútbol de los terrenos del ferrocarril.

Antes había sido también, y por una larga temporada, un campo de actividades gauchescas, que convocaba cada fin de semana a una muchedumbre proveniente de las estancias cercanas. Venían a caballo y vestían atuendos tradicionales. Se hacían grandes asados que comían bajo un gran tinglado de chapa verde transparente. Por la tarde había competencias de sortija y la polvareda llegaba hasta la Junín.

Alguna vez, el Embarcadero también fue pista de aterrizaje de alguna avioneta de publicidad, una atracción inusual para los pibes del vecindario, que mirábamos absortos despegues y aterrizajes.

Avanzada aquella década oscura descubrí el fútbol. A los siete años era imposible sortear inmune aquel embate comunicacional que se desplegó para el Mundial 78, y que para el caso de los pacheños tenía un maravilloso condimento extra: la selección argentina de fútbol se concentraba en José C. Paz. Sí, las huestes del flaco Menotti, con Pasarella, Kempes, Luque y Fillol, hicieron base en la quinta Salvatore del barrio Alberdi durante todo el campeonato mundial. Y el pueblo de José C. Paz era todavía tan pueblo que, aunque la calle Junín está bien lejos de aquel lugar, se escuchaba clarito el bullicio de las caravanas que acompañaban cada salida y llegada de la selección.



En el barrio, por entonces, las ligas menores jugábamos en el asfalto pelarrodillas de la Junín. Entrados los ochenta, con la adolescencia explotando en nuestros cuerpos, la fuerza de la patada cambió. Después de alguna ventana rota por un pelotazo, llegó el momento de “ir a probarse al Embarcadero”.

El terreno del Embarcadero era enorme, plano, sin pozos, sin árboles, de libre y fácil acceso: condiciones de alta fertilidad para que en un barrio brote naturalmente una canchita de fútbol. Desde el anonimato algún buen vecino construyó y plantó los arcos de madera a distancias óptimas, y así nació aquel potrero de nadie y de todos que llamábamos el Embarcadero.

La convocatoria era espontánea, nutrida y de amplio alcance territorial. Los picos de asistencia de horarios centrales durante los sábados o domingos generaban a veces la organización de campeonatos y certámenes triangulares o cuadrangulares, para que pudieran jugar todos. Esto pronto empujó a la creación de una segunda cancha, y sobre el final de su historia el Embarcadero contaba con tres canchas en su extensión.



Nadie dirigía el Embarcadero. Nadie lo gestionaba. No era un club. Los equipos se armaban minutos antes de jugar, las estrategias se moldeaban instantes antes de cada encuentro, el capitán y DT de cada equipo emergían naturalmente por propia personalidad y voz de mando.

A la lista de habitués se le sumaba un grupo variante de ignotos jugadores, cuya nominación necesaria para el despliegue en el campo de juego se resolvía en el momento (e incluso a veces se iba definiendo durante los primeros minutos del partido) sobre la base del *criterio potreril de apodos*: color o equipo de

camiseta, color de piel o cabello, similitud de rasgos con animales, personajes de historietas, humanos de otras latitudes, etc.

El barro era recurrente en el Embarcadero, al punto tal que lo hacía digno merecedor de la categoría potrero. Quizá un reflejo ancestral del lodazal que habrá sido aquel terreno en épocas de la gestión del ganado. En temporada de lluvias podía llegar a haber barro por varias semanas a la altura de los arcos y en el medio de la cancha. Pero esto no impedía en absoluto la realización de jornadas futboleras verdaderamente potreriles, que exigían a los contendientes tácticas de juego y destrezas físicas específicas para esas superficies, a cambio del disfrute supremo del enchastre extremo, atracción que las nuevas canchitas de verdosas alfombras sintéticas no pueden ofrecer.

Todo esto y la gloria efímera del triunfo o la frustración fugaz de la derrota, fungía cada tarde en aquel campo de juego, sellando en mi memoria esos momentos de fútbol en el Embarcadero.



Durante la primera de mis tantas juventudes contemplaría el Embarcadero desde la ventanilla de algún vagón del San Martín, *saliendo hacia o viniendo desde*, siempre, *la capital*. A los veintipico nada de lo que me interesaba en este mundo lo podía encontrar en José C. Paz. Las ganas de saciar las nuevas demandas de mi inspiración y curiosidad valían las dos horas de ida y dos horas de vuelta diarias promedio de viaje en tren (y en hora pico): la inversión ineludible de una y varias generaciones de paceños para trabajar y estudiar.

Años más tarde los vendavales políticos de la Argentina de principios de milenio me encontraron formando parte de un grupo de colaboradores que nos sumábamos a las huestes de un novísimo intendente que acababa de asumir, de rasgos orientales en su rostro y en su apellido, hablaba de ideas lunáticas como la de crear la universidad de José C. Paz, en donde se iba a poder estudiar abogacía y medicina.

Yo serví en aquella diáspora de funcionarios municipales como redactor de gacetillas de prensa de la célebre Dirección de Prensa de ese primer gobierno. La estrategia que el corpulento intendente desplegó en el arranque de su primera gestión (y que mantendría a lo largo de dos décadas) fue mostrar todo el tiempo obras en desarrollo edilicio, que el municipio realizaba con fondos propios, y que una vez erigidas eran presentadas a niveles gubernamentales más altas, cuyos funcionarios estaban siempre prestos a participar de las inauguraciones, pero por esto mismo, luego se veían comprometidos a oficializarlas y así proveerlas de recursos. Y lo hizo en todas las ramas de la gestión: la salud, la seguridad y la educación.



Reunidos en su despacho, con una espada samurái enmarcada en la pared detrás de él y con su poncho rojo al hombro, Mario nos explicaba con un dialecto muy llano que el relato a construir debía presentarlo como *el intendente de las obras*. Por eso, ser parte de la cuadrilla de prensa consistía en recorrer a diario las obras que se desarrollaban a lo largo de todo el partido. Y así fue que un día volví al Embarcadero.

Un día el Embarcadero tuvo su último partido. Seguramente nadie que lo jugó lo supo. Luego, quizá unos días o semanas más tarde de aquel encuentro, la municipalidad de José C. Paz a través de la Secretaría de Obras, desembarcó en el terreno para comenzar a construir el Centro de Estudios Municipal. Al principio, una de las canchas convivió con la obra inicial, pero pronto el terreno se alambró. Fin de una historia, comienzo de otra.

La experiencia del CEM fue extraordinaria: inglés y computación gratis para todos. El programa “Educación para mi gente” había comenzado unos años antes de que el edificio insignia de la gestión estuviera terminado, y la respuesta de la población fue contundente. Las aulas se llenaron de nuevas generaciones de paceños ávidos de conocimientos y nuevas habilidades para el trabajo: eje central del espíritu de aquel programa.

Poco tiempo después de la inauguración del edificio del CEM comencé a dar clases de computación. Una vez me asignaron un aula que nunca había utilizado. Desde el segundo piso su gran ventana me permitía ver panorámicamente todo el barrio: el paso a nivel, la Pueyrredón, la esquina de la Junín y hasta el techo de mi casa.

Hoy, del otro lado de la vía, en lo que alguna vez fue el potrero del barrio, en los terrenos del viejo Embarcadero, está la UNPAZ, la universidad en donde se puede estudiar Abogacía y Medicina, entre otras carreras. Desde julio de 2021 soy docente en la Tecnicatura en Comercio Electrónico.

Cada vez que camino desde mi casa en la calle Junín hacia esa pasarela de edificios modernos que conforman el complejo edilicio de la UNPAZ, para compartir conocimientos con las nuevas camadas de paceños y alrededores, al doblar por Alem luego de cruzar el paso a nivel, mi mente se deja llevar por el juego de pensar qué había aquí y qué había allá en aquellos años cuando hacía el mismo camino con la banda de pibes del barrio para ir a *patiar un rato* al Embarcadero.

De repente se me viene a la mente una tarde de gloria en la que metí un gol de cabeza en el arco que estaba más o menos donde ahora está el hall del edificio central de UNPAZ. Lo recuerdo porque, debo confesarles a esta altura, a pesar de mi pasión por el balompié, siempre fui bastante *de madera*. Por eso aquel gol quedó impregnado en mi memoria.

Vuelvo en mí, ya estoy en el hall central, ahora subo las escaleras, entro en el aula y cruzo los dedos, como lo hacía antes de empezar cada partido en el Embarcadero, y espero que mi rol de profé me redima de alguna manera de mis escasas condiciones futbolísticas. Igual les aseguro que la pasión es la misma.